

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

CICLO C

3ª Lectura (Lc. 6, 17, 20-26)



“Dichosos los pobres; ¡ay de vosotros los ricos!”

«En aquel tiempo bajó Jesús del monte con los Doce y se paró en un llano con un grupo grande de discípulos y de pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y de Sidón.

Él, levantando los ojos hacia sus discípulos, les dijo:

Dichosos (bienaventurados) los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.

Dichosos (bienaventurados) los que ahora tenéis hambre, porque quedaréis saciados.

Dichosos (bienaventurados) los que ahora lloráis, porque reiréis.

Dichosos (bienaventurados) vosotros cuando os odien los hombres, y os excluyan, y os insulten y proscriban vuestro nombre como infame, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo. Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas.

Pero ¡ay de vosotros los ricos, porque ya tenéis vuestro consuelo!

*¡Ay de vosotros los que estáis saciados, porque tendréis hambre!
¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!
¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas.» (Lc. 6, 17, 20-26).*

Las Bienaventuranzas forman el *exordio del grandioso Sermón de la Montaña*, al que se le llama con mucha razón la *Carta Magna del Reino Mesianico*, pronunciada por el mismo Jesucristo, y se le ha comparado a la antigua *legislación mosaica* dada al pueblo de Dios en el monte Sinaí.

- La legislación de Moisés se pronunció entre truenos, relámpagos y centellas, por medio de ángeles, sirviendo de intermediario Moisés. Se escribió en tablas de piedra y se la llamó ley de esclavitud (Gál. 4, 24).
- La nueva legislación te la comunica el mismo Hijo de Dios por sí mismo, como supremo legislador, hablando directamente con los hombres como con sus hijos, sentado en medio de ellos en la falda de una montaña llena de encantos.

Auditorio: El auditorio estaba compuesto por los discípulos y multitud de gentes de todas partes, aunque en S. Mateo parece dirigirse a los apóstoles:

«Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.» (Mt. 5, 12).

Marco topográfico: Jesús sube al monte en busca de soledad para entregarse a la oración, pues a la mañana va a elegir a los doce discípulos. Al bajar de la montaña con los doce, en las faldas de la misma montaña, teniendo por auditorio al pueblo, comienza el Sermón de la Montaña.

Cronología: El Sermón de la Montaña, tal como se te presenta, es un auténtico “programa” de actitud cristiana, y, como a tal, le corresponde orgánicamente ser colocado en el *frontispicio de la catequesis de Jesús*, pero se lo estorba el que ya haya seguido tanta gente a Jesús, y de tantos lugares, lo cual hace suponer que ya había llevado algún tiempo predicando y aglutinando gentes. Sin embargo, si, como dice S. Lucas,

eligió entonces a sus apóstoles, entonces tuvo que ser al inicio de su vida pública:

«Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles.» (Lc. 6, 12-13).

El discípulo perfecto: Las Bienaventuranzas suponen un valor supraconceptual que no se puede envolver en la red de una idea. Encerrar esos valores en fórmulas es como definir con cifras aritméticas el perfume de una flor.

Las Bienaventuranzas son la autobiografía psicológica de Cristo Jesús, el ideal de la santidad cristiana.

Un filósofo podrá precisar la evolución semántica de la palabra “pobre”, y los antecedentes de su incorporación al vocabulario evangélico, mas para entender lo que pensaba Jesús hay que adoptar, por lo menos en espíritu, la actitud de S. Francisco de Asís.

“Bajó Jesús del monte”: S. Mateo dice que subió al monte, pero S. Lucas dice que “bajó Jesús del monte”.

S. Lucas contrapone el “llano” al “monte”. En el “monte” eligió a sus apóstoles y en el “llano” predicó las bienaventuranzas.

“Con los Doce y se paró en un llano”: S. Lucas presenta a Jesús descendiendo con sus discípulos, elegidos en el monte, hacia el llano, donde encontró mucha gente.

El que S. Mateo ponga como marco topográfico el “monte” tal vez se deba a su pretensión simbólica de equiparar las bienaventuranzas a la alianza de Dios con su pueblo en el Sinaí, donde nació la antigua ley.

«Todo el monte Sinaí humeaba, porque Yahveh había descendido sobre él en el fuego. Subía el humo como de un horno, y todo el monte retemblaba con violencia.» (Éx. 19, 18).

«Todo el pueblo percibía los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte humeante, y temblando de miedo se mantenía a distancia.» (Éx. 20, 18).

Parece claro que S. Mateo ha querido subrayar la topografía del monte para relacionar la promulgación de la nueva ley con la antigua.

“*Los montes*” tienen una relevancia cualificada en la vida de Nuestro Señor Jesucristo: bienaventuranzas, transfiguración, muerte, ascensión...

Ha querido S. Mateo destacar la importancia que reviste el Sermón de la Montaña (Bienaventuranzas) localizando su desarrollo en las alturas teológicas, más que topográficas.

“*Con un grupo grande de discípulos*”: Parece que no todas las gentes, de entre las que Jesús eligió a sus discípulos, subieron al monte. Ciertamente los enfermos, lisiados, etc., no es creíble que subieran. De aquí el que Jesús descienda con sus Doce hacia el llano para adentrarlos entre las gentes necesitadas de Dios y de su Iglesia, que está fundando.

“*Y del pueblo, procedente de toda Judea, de Jerusalén y de la costa de Tiro y Sidón*”: Se dan aquí los dos pueblos típicos de aquella época y de todas las épocas: el pueblo religioso de Judea, cristalizado en Jerusalén, y el pueblo pagano, representado por Tiro y Sidón.

Las bienaventuranzas que en S. Mateo son ocho, en S. Lucas son tan sólo cuatro, pero a estas cuatro bienaventuranzas añade luego cuatro maldiciones, que transcribe en paralelismo antitético con las cuatro bienaventuranzas.

El estilo literario de las bienaventuranzas en S. Lucas es directo, en primera persona, mientras que en S. Mateo se usa la tercera persona.

“*Él, Levantando los ojos*”: Jesús acostumbraba a mostrar este gesto. Tiene como intención elevar los ánimos de los seguidores:

«ALZAR LOS OJOS.

La expresión “alzando los ojos” se encuentra en numerosos pasajes de la Escritura; con ella el Verbo divino nos invita a exaltar y elevar nuestros pensamientos, a encumbrar nuestra mirada fija en las

cosas de aquí abajo, pues se encuentra enferma y totalmente incapaz de mirar hacia arriba (cf. Lc. 13, 11). También dice Isaías: “Alzad a lo alto los ojos y ved: ¿quién ha hecho que veáis todas estas cosas?” (Is. 40, 26).

Hasta el Salvador, cuando se dispone a dar las bienaventuranzas a la gente reunida en el campo, “alzando los ojos hacia sus discípulos, comenzó a decirles: bienaventurados.”» (ORÍGENES, Comentario al Evangelio de Juan. 13, 274-275; SC 222, 178).

“Hacia sus discípulos”: Tiene un sentido amplio. Abarca a:

- Los apóstoles (v. 13).
- Los que entonces eran ya seguidores de Jesús.
- Todos los que en aquel momento se acercaron por primera vez al grupo seguidor de Jesús.
- Los que en el transcurso de los siglos habían de ser seguidores de Jesús.
- Aquí Jesús trasciende con su mirada al auditorio presente y llega en la profundidad de los siglos hasta tu presencia en la historia, para decirte al corazón: *“bienaventurado”*.

“Les dijo”: Jesús abre sus labios para anunciar una doctrina maravillosa que desea pase a los corazones de sus apóstoles y de las gentes. Más tarde su Iglesia predicará a todas las gentes el mismo Sermón de las Bienaventuranzas hasta los confines de la tierra.

“Bienaventurados (μακάριοι)”: Son los felices en sentido religioso, no se refiere a la carcajada callejera y mundana. Es una expresión de felicitación muy grata, profunda, estable. Es un anticipo de la eternidad.

“Los pobres (πτωχοί)”: Son una categoría concreta de personas que reciben como una gracia (no como mérito) el tesoro del Reino. La pobreza evangélica es una gracia sobrenatural que Dios concede a los miembros de su Iglesia.

La 1ª bienaventuranza *se opone a las falsas ideas que del Reino Mesiano enseñaban por entonces los fariseos*. Esperaban un Mesías que les había de colmar de riquezas y bienes terrenales. *Se opone también a tus tendencias naturales*, que rehúyen la pobreza como uno de los mayores males.

El término griego *πτωχοί* (pobres) tiene un sentido amplio y no sólo se refiere a una *pobreza de espíritu*, sino también *efectiva, actual*. En sentido más amplio, puede entenderse esta bienaventuranza de los ricos que, a pesar de los bienes que poseen, conservan su corazón despegado de ellos y están dispuestos a dejarlos, si esa fuera la voluntad de Dios. El mejor ejemplo de pobreza lo tenemos en Cristo Jesús.

La palabra “*pobre*” en la Biblia es privilegiada y está cargada de un sentido más amplio que el mero carecer de recursos materiales. En hebreo (aniyyim) tiene como significado: *encorvado, humillado, abrumado* (anawin). *El pobre lleva una vida dura, aflictiva, sufrida; nada espera de este mundo, y por ello se confía a Dios y le suplica*. Cristo vendría a salvar a estos pobres a quienes llama bienaventurados.

Los pobres, en labios de Jesús y a oídos del pueblo galileo, son los “*anawin*” de Isaías:

«*El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los **pobres** me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran.*» (Is. 61, 1-2).

Las riquezas derivan hacia la propia persona una de las actitudes teocéntricas esenciales al sentido de Dios: la confianza en Él; por eso *el rico es connaturalmente orgulloso*, se apoya en los placeres, se olvida del sentido del pecado; lo que le hace difícil la conversión e incorporación al Reino de Dios. Jesús, siendo rico, se hace pobre para dar ejemplo.

Ante todo, *la pobreza tiene un sentido ascético*, no un sentido únicamente económico o social. Aunque nadie tuviera necesidad de tu ayuda personal y de tus medios materiales, deberías hacerte pobre por motivos ascéticos, pues sólo así sentirás la dependencia que debes sentir de Dios.

“*Pobres*”: S. Lucas habla de “*pobres*”, sin más; no de “*pobres de espíritu*”, como dice S. Mateo. La razón está en que S. Lucas escribe su Evangelio a comunidades grecorromanas, donde había muchos ricos

para quienes la precisión “*de espíritu*” podía convertirse en anestésico teológico e impedir un desprendimiento real de los bienes precederos.

Este peligro no existía en la comunidad a la que se dirige S. Mateo, la cual estaba formada por pobres de solemnidad, a los que aconsejaba vivir su pobreza con verdadero espíritu de desprendimiento cristiano.

En verdad que si no hay una tensión real hacia el desprendimiento y pobreza tangibles no se puede hablar ni de “*pobres*”, ni de “*pobres de espíritu*”.

«JESÚS, AUNQUE ERA RICO, SE HIZO POBRE POR NOSOTROS.

“Bienaventurados, dice, los pobres”. No todos los pobres son bienaventurados; pues la pobreza es de suyo indiferente: puede haber pobres malos y buenos; a no ser que se entienda que el pobre bienaventurado es el que ha descrito el profeta al decir que “vale más un pobre justo que un rico mentiroso” (Prov. 18, 1). “Bienaventurado el pobre que ha clamado y el Señor le ha escuchado” (Sal. 34, 6); bienaventurado el hombre pobre en ofensas; pobre en vicios; bienaventurado el hombre pobre en el que el príncipe de este mundo no puede nada (cf. Jn. 14, 30); pobre a imitación de aquel pobre que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros (cf. 2 Cor. 8, 9). También san Mateo da una explicación completa, al decir: “Bienaventurados los pobres de espíritu” (Mt. 5, 3), pues el pobre de espíritu no se engríe ni se exalta en su pensamiento carnal. Tal es, pues, la primera bienaventuranza. Dejando todo pecado, despojado de toda malicia, estando contento en mi simplicidad, desnudo de todo mal, sólo me queda moderar mi carácter. ¿De qué me sirve carecer de los bienes del mundo si no soy manso ni pacífico?» (S. AMBROSIO, Exposición sobre el Evangelio de Lucas, 5, 53-54; CCL 14, 153).

No busques riquezas, pues Dios no amará en ti lo que aborreció en sí.

“Porque vuestro es el Reino de Dios”: Al carecer de todo y no tener deseo de nada, no hay impedimento en ti para poseer el Reino: quedas capacitado para poseer el Reino de Dios. Y Dios te lo entrega.

Los que buscan riquezas se engañan buscándola, pero la encuentran los que renuncian a ella.

“Bienaventurados los que ahora tenéis hambre (πεινῶντες)”:

Está en paralelismo con humillados; así como ricos está en paralelismo con potentados (opresores) y soberbios de corazón. Tenemos, pues, en esta bienaventuranza una irisación más de la figura del pobre bíblico, aureolada con su misma atmósfera espiritual. Se trataría del deseo ardiente de cumplir perfectamente la voluntad divina. Se opone frontalmente a la tibieza, la flojera, la pereza en el bien...

“Porque quedaréis saciados”: La saciedad viene con la posesión de Dios, y, con Dios, todo el bien, pues el hombre no se conforma con menos que con Dios.

“Bienaventurados los que ahora lloráis (κλαίοντες)”: *Los que lloran se contraponen a los que ríen. Éstos son los que se entregan a los placeres mundanos, y, por consiguiente, los que lloran no son precisamente los tristes o melancólicos, sino los que, siguiendo a Cristo, entran por el camino del sacrificio, renuncian a los pasatiempos terrenos y llevan su cruz en pos de Cristo.*

“Porque reiréis”: El dolor, el sufrimiento, pasó en la catequesis apostólica como la sementera de la alegría. Los que lloran los propios pecados y los del mundo, serán consolados ya aquí en esta tierra, pero especialmente en el Reino de los Cielos. *El consuelo adquiere en las Sagradas Escrituras la ternura de la madre con su hijo; así Dios con su pueblo afligido.*

«EL CONSUELO DE LOS QUE LLORAN.

Quienes lloran reciben consuelo cuando el dolor que es la causa de ese llanto cesa. Quienes lloran por sus propios pecados y obtienen el perdón serán consolados en esta vida. Los que lloran por los pecados ajenos ¿serán consolados en la vida futura? También. Mientras están en el mundo, al no conocer la acción de la providencia de Dios y no saber claramente quiénes han caído bajo la influencia del diablo, lloran por todos los pecadores, incluso por los que sin mala intención eligen el mal. Ven a todos los pecadores como golpeados por el diablo. Ven también claramente que quienes son de Dios no pueden perecer y que los que perecen no son de Dios. Nadie puede escapar de las manos de Dios. Una vez que su llanto finalice serán consolados. Sin mezcla de sufrimiento, se regocijarán sólo en su bienaventuranza.» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 9; PG 57, 225-226).

«EL ARREPENTIMIENTO IMPLICA UN DOLOR SALUDABLE.

Purifícate, pues, con tus lágrimas, lávate con tus llantos. Si tú mismo lloras, no llorará otro por ti... El que es pecador llore sobre sí y se reprenda, para hacerse justo; pues “el justo se acusa a sí mismo” (Prov. 18, 17). Prosigamos por orden, ya que está escrito: “Ordenad en mí la caridad” (Cant. 2, 4). He depuesto el pecado, he moderado mi carácter, he llorado mis faltas: comienzo a tener hambre y sed de justicia. Cuando se sufre por una enfermedad grave, no se tiene hambre, porque el dolor del mal aleja el hambre. Pero ¿cuál es el hambre de la justicia? (cf. Mt. 5, 6). ¿Qué panes son éstos de los que el justo tiene hambre? ¿No serán los panes de los que se ha dicho: “He sido joven, he llegado a viejo, y nunca he visto al justo abandonado ni a su posteridad buscando pan”? (Sal. 37, 25). Quien tiene hambre busca acrecentar sus fuerzas. ¿Hay algo que aumente más la virtud que la norma de la justicia?» (S. AMBROSIO, Exposición sobre el Evangelio de Lucas, 5, 55-56; CCL 14, 154).

“Bienaventurados vosotros cuando os odien los hombres y os excluyan, y os insulten y proscriban”: Esta bienaventuranza recuerda las persecuciones y desprecios que sufrirán los seguidores de Jesucristo de parte de los mundanos.

Como resultan hasta escandalosas las persecuciones injustificadas y tenebrosas de los mundanos, Jesús quiere prevenir y alentar a padecerlas con ánimo concertado. Estas persecuciones son un distintivo de los auténticos hijos de la Iglesia.

Serán premiados con el Reino de los Cielos de un modo especial, pues como fueron desechados de este mundo por los mundanos, Dios les entrega el mundo venidero en propiedad.

Se trata de la expulsión de la sinagoga, la excomunión:

*«Sus padres (del ciego de nacimiento) decían esto por miedo por los judíos, pues los judíos se habían puesto ya de acuerdo en que, si alguno le reconocía como Cristo, quedara **excluido de la sinagoga.**» (Jn. 9, 22).*

«Sin embargo, aun entre los magistrados, muchos creyeron en él; pero, por los fariseos, no lo confesaban, para no ser **excluidos de la sinagoga.**» (Jn. 12, 42).

«**Os expulsarán de las sinagogas.** E incluso llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios.» (Jn. 16, 2).

“**Vuestro nombre**”: No se refiere al nombre personal tuyo con que eres llamado. Se refiere directamente a tu condición de ser cristiano:

«¿No son ellos (los ricos) los que blasfeman el hermoso Nombre que ha sido **invocado sobre vosotros?**» (Sant. 2, 7).

«Y alcanzó pleno cumplimiento la Escritura que dice: Creyó Abraham en Dios y le fue reputado como justicia y fue llamado **amigo de Dios.**» (Sant. 2, 23).

Dichosos de vosotros, si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros.» (1 P. 4, 14).

“**Como infame**”: Asistes aquí al espectáculo del pecado contra el Espíritu Santo. Los malvados ven en la obra del Espíritu Santo la obra del maligno. No te extrañe esta subversión de valores, es Satanás quien está detrás para morder el calcañar, porque le aplastaron la cabeza.

“**Por causa del Hijo del hombre**”: La razón de tenerte “*como infame*” no es otra que la intervención de Dios en tu vida. De aquí el pecado contra el Espíritu Santo:

«El mundo no puede odiaros; **a mí sí me aborrece,** porque doy testimonio de que sus obras son perversas.» (Jn. 7, 7).

“**Alegraos**”: Jesús abre una puerta a la esperanza y deja cancelado y sin efecto traumático el dolor de las persecuciones.

“**Ese día**”: Puede referirse al día de la persecución, como expresa S. Lucas en los Hechos de los Apóstoles:

«Ellos (los apóstoles) marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre.» (Hech. 5, 41).

“Ese día” puede significar también el día de la parusía, día de la gran recompensa a las persecuciones sufridas por el nombre de Jesús.

“**Y saltad de gozo**”: El gozo no es meramente interior, del espíritu, es también gozo exterior, es decir, de toda la persona completa. Y es gozo exuberante, desbordado, intenso, vehemente.

“**Porque vuestra recompensa será grande en el cielo**”: Las buenas obras son merecedoras de la gloria, ya que aquí el premio eterno se propone como recompensa de los trabajos sufridos en este mundo por causa del Evangelio. El ejemplo de los profetas debe animar al *padecimiento alegre*.

«TURBACIÓN TERRENA FRENTE A LA GLORIA CELESTIAL.

Sopesad la vergüenza terrenal frente a la gloria celestial, y mirad si no es mucho más leve lo que sufrís en la tierra que lo que esperáis en el cielo. Pero quizás puedes decir: ¿Quién puede alegrarse cuando es injuriado? ¿Quién puede en ese momento, no sólo soportar, sino alegrarse magnánimamente? La respuesta es que aquél no se deja seducir por la gloria vana. Verdaderamente quien desea las cosas del cielo no teme las afrentas de la tierra. Y no se preocupa de lo que digan los hombres sobre él, sino sólo de cómo lo juzga Dios. Pero aquel que se alegra con la alabanza de los hombres, cuanto se alegra, así se entristece. Y el que se entristece por causa de los hombres, cuanto se contrista, tanto se alegra. Quien no se alza por la alabanza, no se hunde por los reproches. Donde cada uno busca su gloria, allí tiene el reproche. Quien busca la gloria en la tierra, tiene en la tierra la confusión. Y el que no busca la gloria, a no ser sólo la de Dios, ése no teme la confusión, sólo el juicio de Dios. Si el soldado soporta el peligro de la guerra en tanto que espera el botín de la victoria, cuánto más vosotros no debéis temer las afrentas del mundo, vosotros que esperáis el premio del reino celestial.» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 9; PG 56, 684).

Jesús te anima al sufrimiento y resignación con gozo y alegría, porque la recompensa que te espera en el cielo es grandísima y no se puede equiparar con los fugaces sufrimientos del mundo presente:

«Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros.» (Rom. 8, 18).

«En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna.» (2 Cor. 4, 17).

“Eso es lo que hacían vuestros padres con los profetas”: Jesús hace una llamada de atención al auditorio, que había sido educado por tales criminales.

Si los judíos mamaron esta inquina de sus padres, ¡qué tendrá de raro que hagan lo mismo con los seguidores de Jesús y con el mismo Jesús!

Sea como fuere: ¡alegría! Y alegría exuberante: “saltad de gozo”.

“Pero ¡ay de vosotros”: ¡Ay de...!: las maldiciones de S. Lucas tienen su modelo en los discursos de amenaza de los antiguos profetas:

«¡Ay, gente pecadora, pueblo tarado de culpa, semilla de malvados, hijos de perdición! Han dejado a Yahveh, han despreciado al Santo de Israel, se han vuelto de espaldas. ¿En dónde golpearos ya, si seguís contumaces? La cabeza toda está enferma, toda entraña doliente. De la planta del pie a la cabeza no hay en él cosa sana: golpes, magulladuras y heridas frescas, ni cerradas, ni vendadas, ni ablandadas con aceite. Vuestra tierra es desolación, vuestras ciudades, hogueras de fuego; vuestro suelo delante de vosotros extranjeros se lo comen, y es una desolación como devastación de extranjeros. Ha quedado la hija de Sion como cobertizo en viña, como albergue en pepinar, como ciudad sitiada.» (Is. 1, 4-8).

«¡Ay de los que ansían el Día de Yahveh! ¿Qué creéis que es ese Día de Yahveh? ¡Es tinieblas, que no luz!» (Am. 5, 18).

“Los ricos”: Esta maldición puede explicarse muy bien con la parábola del Rico Epulón:

«Pero Abraham le dijo: "Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado."» (Lc. 16, 25).

“Porque ya tenéis vuestro consuelo”: Los que buscan las riquezas, buscan el consuelo que de ellas creen conseguir, aunque la realidad es otra: quedan sumergidos en una tribulación tal, que bien se podría decir de ellos que han sido los causantes de las mayores tragedias de la historia de la humanidad.

¿Entiendes ahora por qué los santos son tan amigos de la pobreza? No hay para ellos mejor consuelo que vivir sin nada, ni mayor tormento que buscar riquezas.

“Ay de vosotros los que estáis saciados”: Son los mismos ricos, como se aprecia en el Magnificat:

«A los hambrientos colmó de bienes y despidió a los ricos sin nada.» (Lc. 1, 53).

“Saciados”: Tiene su réplica en el *“Rico Epulón”*, que tiene como ideal de su vida la satisfacción del placer:

«Era un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas.» (Lc. 16, 19).

“Porque tendréis hambre!”: Así lo remacha especialmente el apóstol Santiago:

«Lamentad vuestra miseria, entristeceos y llorad. Que vuestra risa se cambie en llanto y vuestra alegría en tristeza.» (Sant. 4, 9).

«Ahora bien, vosotros, ricos, llorad y dad alaridos por las desgracias que están para caer sobre vosotros. Vuestra riqueza está podrida y vuestros vestidos están apolillados; vuestro oro y vuestra plata están tomados de herrumbre y su herrumbre será testimonio contra vosotros y devorará vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado riquezas en estos días que son los últimos. Mirad; el salario que no habéis pagado a los obreros que segaron vuestros campos está gritan-

do; y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido sobre la tierra regaladamente y os habéis entregado a los placeres; habéis hartado vuestros corazones en el día de la matanza. Condenasteis y matasteis al justo; él no os resiste.» (Sant. 5, 1-6).

“¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis!”: Así como son dichosos los que lloran (atribulados por el seguimiento de Jesús), porque reirán en el Reino de los Cielos, así serán desgraciados los que rién (los buscadores de placeres), porque llorarán en el fuego eterno.

“¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros!”: Los falsos profetas eran alabados por todos, pues no decían la verdad para no chocar con su auditorio. Así son los fariseos, que buscan la popularidad. Así son los cristianos que no buscan la Verdad, sino que acaparan hacia sí las almas como si fueran de ellos.

La auténtica predicación del Evangelio suscita escándalo y persecución:

*«Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: “Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser **señal de contradicción.**”» (Lc. 2, 34).*

«He venido a arrojar un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido! Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla! ¡Creéis que estoy aquí para dar paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos, y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.» (Lc. 12, 49-53).

«LA VIDA VIRTUOSA NO CONLLEVA LAS ALABANZAS DE TODOS.

“¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!”. Esta exclamación expresa bien a las claras cuál es el enorme castigo que les está reservado. El “¡ay!” es una palabra que revela las más tristes calamidades. Por esta razón la Escritura califica de desgraciados a los hombres aplaudidos por sus semejantes. Escucha: “¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!”. Fíjate en la expresión “todos

los hombres” y no algunos, pues el hombre que camina por la vía recta y estrecha de la virtud y practica la ley de Jesucristo, es imposible que sea admirado y alabado por todos. Combatir la virtud del justo es indicio de la mayor perversidad.» (S. JUAN CRISÓSTOMO, Homilías sobre el Génesis, 23, 8; PG 53, 200).

“Eso es lo que hacían vuestros padres con los falsos profetas”:
Nueva llamada de atención de Jesús al auditorio, que había sido educado por tales falsarios.

Si los judíos mamaron esta adulación diabólica de sus padres, ¡qué tendrá de raro que hagan lo mismo “*con los falsos profetas*”!